

cibió su excelencia en nombre de nuestro católico monarca.

Deseoso el excelentísimo señor virey de que no solo los habitantes de la ciudad de Méjico, sino que tambien todos los de la Nueva España participasen de tan plausibles noticias, mandó imprimir y repartir una relacion que se extendió por todo el reino, la cual me ha parecido conveniente insertar, por percibirse en ella el religioso celo de nuestro venerable fray Junipero y el alto concepto en que dichos señores lo tenían de ejemplar y celoso.

COPIA DE RELACION IMPRESA.

EXTRACTO DE NOTICIAS DEL PUERTO DE MONTEREY, DE LA MISION Y PRESIDIO QUE SE HAN ESTABLECIDO EN ÉL CON LA DENOMINACION DE SAN CÁRLOS, Y DEL SUCESO DE LAS EXPEDICIONES DE MAR Y TIERRA QUE Á ESE FIN SE DESPACHARON EN EL AÑO PRÓXIMO ANTERIOR DE 1769.

Después de las costosas y repetidas expediciones que se hicieron por la corona de España en los dos siglos antecedentes para el reconocimiento de la costa occidental de California por el mar del Sur y la ocupacion del importante puerto de Monterey, se ha logrado ahora felizmente esta empresa con dos expediciones de mar y tierra que á consecuencia de real orden y por disposicion de este superior gobierno, se despacharon desde el cabo de San Lucas y el presidio de Loreto en los meses de enero, febrero y marzo del año próximo anterior.

En junio de él se juntaron ambas expediciones en el puerto de San Diego, situado á los 32 grados y medio de latitud; y tomada la resolucion de que el paquebot San Antonio regresase al puerto de San Blas para reforzar su tripulacion y llevar nuevas provisiones, quedó anclado en el mismo puerto de San Diego el paquebot capitana nombrado San Carlos por falta de marineros que murieron de escorbuto; y establecida allí la mision y escolta, siguió la expedicion de tierra su viaje por lo interior del país hasta el grado 37 y 45 minutos de latitud, en demanda de Monterey; pero no habiéndolo hallado con las señas de los viajes y derroteros antiguos y recelando escaseces de víveres, volvió á San Diego, donde con el feliz arribo del paquebot San Antonio en marzo de este año, tomaron los comandantes de mar y tierra la oportuna resolucion de volver á la empresa, conforme á las instrucciones que llevaron para conseguirla.

Con efecto, salieron de San Diego ambas expediciones en los dias 16 y 17 de abril del presente, y en este segundo viaje tuvo la de tierra la felicidad de hallar el puerto de Monterey y de llegar á él el 24 de mayo, y la de mar arribó tambien el 31 del presente y propio mes.

Ocupado así aquel puerto por mar y tierra con particular complacencia de los innumerables gentiles que pueblan todo el país, explorado y reconocido en los dos viajes, se solemnizó la posesion el dia 3 de junio, con instrumento que extendió el comandante en jefe y certificaron los demás oficiales de ambas expediciones, asegurando todos ser aquel mismo puerto el de Monterey, con las idénticas señas que describieron las relaciones antiguas del general don Sebastian Vizcaino y derrotero de don José Cabrera Bueno, primer piloto de las naos de Filipinas.

El dia 14 del citado mes de junio último despachó el dicho comandante don Gaspar de Portalá un correo por tierra al presidio de Loreto con la plausible noticia de la ocupacion de Monterey y de quedar estableciendo en él la mision y presidio de San Carlos; pero con el motivo de la gran distancia, aun no habia recibido este superior gobierno aquellos pliegos, y en 10 del presente mes llegaron á esta capital los que desde el puerto de San Blas dirigieron el mismo Portalá el ingeniero don Miguel Constanzó y el capitán don Juan Perez, comandante del expresado paquebot San Antonio, alias el Príncipe, que salió el 9 de julio de Monterey; y sin embargo de ocho dias de calma, hizo su viaje con tanta felicidad y celeridad, que el primero de este mes echó el ancla en San Blas.

Quedaron abundantes útiles en el nuevo presidio y mision de San Carlos de Monterey, y el repuesto para un año, á fin de establecer otra doctrina en proporcionada distancia, con la advocacion de San Buenaventura; y habiendo quedado tambien por comandante militar de aquellos nuevos establecimientos el teniente de voluntarios de Cataluña don Pedro Fajes con mas de treinta hombres, se hace juicio que á esta fecha ya se le habrá unido el capitán del presidio de Loreto don Fernando de Rivera, con otros diez y nueve soldados, vaqueros y arrieros que conducian doscientas reses vacunas y porcion de víveres, desde la nueva mision de San Fernando de Vellicatá, situada mas allá de la frontera de California, antiguamente reducida, pues salió de aquel paraje el 23 de mayo último con destino á los expresados puertos de San Diego y Monterey.

No obstante de que en este dejaron provistos los almacenes ya contruidos del nuevo presidio y mision á la salida del paquebot San Antonio y de que en el de San Diego se regulan anclados los otros dos paquebotes de su majestad, San Carlos y San José, dispone este superior gobierno que á fines de octubre próximo vuelva el San Antonio á emprender tereer viaje desde el puerto de San Blas, y conduzca nuevas provisiones y treinta religiosos fernandinos de la última mision que vino de España, para que en el dilatado y fértil país reconocido por la expedicion de tierra, desde la antigua frontera de la California

CAPITULO XXIV.

PROVIDENCIAS EFICACES QUE DIÓ SU EXCELENCIA PARA LOS NUEVOS ESTABLECIMIENTOS POR EL INFORME DEL VENERABLE PADRE PRESIDENTE FRAY JUNIPERO.

Habiéndose detenido el barco algun corto tiempo en el nuevo puerto de Monterey, tuvo lugar el venerable padre para explorar, así aquel terreno como los demás de sus inmediaciones; y conociendo por su notoria práctica y alta comprension, que no convenia permaneciese la doctrina nombrada San Carlos en el sitio que estaba establecida, respecto á carecerse allí de las tierras necesarias para las labores y de agua para el riego, y que á distancia de una legua en las regas del rio Carmelo habia estas proporciones y las demás que señalan las leyes de Indias deben tenerse presentes para los nuevos poblados y establecimientos de misiones; lo informó todo exactamente al excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general, suplicándole tuviesen á bien que la mision de San Carlos se mudase á las vegas del rio Carmelo.

Hízoles presente asimismo la innumerable gentilidad que la expedicion habia descubierto en el espacioso tramo de mas de trescientas leguas que se cuentan desde la frontera de San Fernando Vellicatá hasta el puerto de nuestro padre San Francisco, como tambien los muchos y buenos sitios que ofrecian aquellos terrenos para la formacion de pueblos y misiones; pudiéndose de ellas hacer una dilatada cordillera, establecerse todas casi á la costa del mar del Sur, así para la comunicacion como para convertirse á Dios tantas almas que sepultadas en las tinieblas del gentilismo perecian eternamente por falta de quien les enseñase la verdadera luz de nuestra católica religion. Y que para conseguir tan importantes designios era necesario que viniesen muchos operarios evangélicos, con todo avío de ornamentos y vasos sagrados para la iglesia, utensilios de casa y herramientas de campo, para imponer á los recién bautizados en el laborio de tierras, para que por este medio con los frutos que se cogiesen, pudieran mantenerse como gentes y no como pájaros, segun lo hacian con las silvestres semillas que produce el campo, y lograr al propio tiempo su cultura y adelantamientos.

Lo mismo escribió al reverendo padre guardian del colegio con la expresion de que aunque viniesen cien religiosos; habria para todos que hacer, por la mies abundante que habia Dios puesto allí á la vista del fernandino colegio. A él acababan de llegar, casi al propio tiempo que esto informaba el venerable padre, cuarenta y nueve religiosos que venian de España, pues entraron el dia 29 de mayo del año de 1770.

Luego que su excelencia recibió aquel infor-

hasta el puerto de San Francisco, poco distante, y mas al Norte del de Monterey, se erijan nuevas misiones y se logre la dichosa oportunidad que ofrece la mansedumbre y buena índole de los innumerables indios gentiles que habitan la California Setentrional.

En prueba de esta feliz disposicion con que se halla la numerosa gentilidad ya docilísima, asegura el comandante don Gaspar de Portalá, y en lo mismo convienen los demás oficiales y los padres misioneros que nuestros españoles quedan en Monterey tan seguros como si estuvieran en medio de esta capital; bien que el nuevo presidio se ha dejado suficientemente guarnecido con artillería, tropa y abundantes municiones de guerra, y el reverendo padre presidente de las misiones destinado á la de Monterey, refiere muy por menor y con especial gozo la afabilidad de los indios y la promesa que ya le habian hecho de entregarle sus hijos para instruirlos en los misterios de nuestra sagrada y católica religion; añadiendo aquel ejemplar y celoso ministro de ella la circunstanciada noticia de las misas solemnes que se habian celebrado desde el arribo de ambas expediciones hasta la salida del paquebot San Antonio, y de la solemne procesion del santísimo Sacramento que se hizo el dia del Corpus 14 de junio; con otras particularidades que acreditan la especial providencia con que Dios se ha dignado favorecer el buen éxito de estas expediciones, en premio sin duda del ardiente celo de nuestro augusto soberano, cuya piedad incomparable reconoce como primera obligacion de su corona real en estos vastos dominios, la extension de la fe de Jesucristo y la felicidad de los mismos gentiles, que gimen sin conocimiento de ella en la tirana esclavitud del enemigo comun.

Por no retardar esta importantísima noticia, se ha formado en breve compendio la presente relacion de ella, sin esperar los pliegos despachados por tierra desde Monterey, entre tanto que con ellos, los diarios de los viajes por mar y tierra y los demás documentos, se puede dar á su tiempo una obra completa de ambas expediciones. Méjico, 16 de agosto de 1770.—Con licencia y orden del excelentísimo señor virey, en la imprenta del superior gobierno.

Esta relacion, que impresa corrió con no vulgar aprecio, así en toda esta como en la antigua España, da bassantes luces para conocer el alto concepto en que tenían á nuestro venerable fray Junipero los superiores jefes de este Nuevo Mundo, aun ignorando la resolucion con que estaba en San Diego de no desistir de tan importante y espiritual conquista, aunque la expedicion se regresase á la antigua California, como queda expresado en el capitulo XX de esta historia. Y no contribuyó poco esta buena opinion para conseguir del superior gobierno las eficaces providencias que se necesitaban para estos nuevos establecimientos, como demostrará el siguiente

me y otro igual el ilustrísimo visitador don José de Galvez, movidos ambos del mismo celo de la conversion y salvacion de las almas, pasaron billete al reverendo padre guardian de San Fernando, pidiéndole treinta religiosos sacerdotes, los diez para que á mas de las misiones mandadas fundar con los títulos de San Diego, San Carlos y San Buenaventura se estableciesen otras cinco con las advocaciones de nuestro padre San Francisco, Santa Clara, San Gabriel Arcángel, San Antonio de Padua y San Luis obispo de Tolosa, en esta nueva California.

Otros diez para cinco nuevas misiones en el país que media entre San Fernando Vellicatá y San Diego, con los nombres de San Joaquin, Santa Ana, San Juan Capistrano, San Pascual Bailon y San Félix de Cantalicio; y los diez restantes para compañeros de los que estaban solos en las antiguas misiones. En vista del católico pedimento de su excelencia, nombró el reverendo padre guardian y venerable discretorio, de los religiosos que se ofrecieron voluntariamente, el citado número pedido, y se dió parte al excelentísimo señor virey.

En cuanto su excelencia tuvo este aviso del colegio, dió las providencias correspondientes á efecto de que se entregasen á los religiosos todos los ornamentos, vasos sagrados, campanas y demás útiles para las iglesias y sacristías de las diez misiones: asimismo mandó dar al síndico del colegio diez mil pesos, un mil para cada una, con el fin de que se comprasen los demás efectos que se necesitasen para iglesia, campo y casa; y para el gasto del camino mandó se entregasen cuatrocientos pesos para cada uno de los misioneros, cuyo sínodo debía empezar á correrles desde el día de su salida de San Fernando. Envió su excelencia órden al propio tiempo al comisario de marina de San Blas para que se aprontase el paquebot San Carlos, que había arribado á aquel puerto después que el San Antonio, para pasar á Loreto á llevar los veinte misioneros y que el San Antonio saliese para Monterey con los diez restantes, y que ambos barcos se hiciesen el correspondiente rancho para los religiosos de cuenta de la real hacienda, y que se procurasen embarcar en ellos cuantos víveres cupiesen. Así se ejecutó todo, como veremos en el capítulo siguiente; debiéndose tan favorables providencias á la eficacia de los informes del venerable padre Junípero y á las fervorosas oraciones en que no cesaba de pedir á Dios este su amante siervo enviase operarios á esta viña, procurando al propio tiempo atraer á los gentiles al puerto de Monterey.

CAPITULO XXV.

VIAJE DE LOS TREINTA MISIONEROS QUE SALIERON DEL COLEGIO PARA AMBAS CALIFORNIAS.

Aunque eran grandes los deseos del excelentí-

simo señor virey de que sin pérdida de tiempo se embarcasen los treinta misioneros, y para el efecto dió sus superiores órdenes; pero por no estar prontos los barcos no se embarcaron hasta enero y febrero del siguiente año de 71, no obstante de haber salido de Méjico por octubre del de 70, pues hubieron de estar detenidos en el hospicio de Tepic.

De allí salieron los diez destinados para Monterey, y se embarcaron en el paquebot San Antonio á 2 de enero del citado año de 71; y después de cincuenta y dos días de navegacion algo penosa, por haber padecido bastantes borrascas, llegaron sin novedad al puerto de San Diego el 12 de marzo, hallando ya allí á los padres ministros de aquella mision, que ya tenían bautizados algunos neófitos, accidentados todos de escorbuto. El capitán dejó en San Diego parte de la carga, y se volvió á embarcar el día 10 de abril, y con él los padres misioneros, para pasar á tomar la bendicion del reverendo padre presidente, que se hallaba en Monterey, y recibir cada uno su destino é instrucciones.

Los veinte religiosos señalados para la antigua California se embarcaron en el paquebot San Carlos á principios de febrero, y en su navegacion tuvieron mucho que padecer, á causa de que habiendo salido del puerto de San Blas, comenzaron luego á experimentar la contrariedad de vientos y corrientes, hasta bajarlos mas allá del puerto de Acapulco. Considerándose tan lejos y apartados de la península de su destino, y que la agua era poca, quiso el capitán arrimarse á tierra para hacer aguada, y probando fortuna, se arrió á un mal puerto nombrado la Manzanilla, donde se vieron en evidente peligro de perderse, por haber varado el paquebot, con cuya lancha tuvieron que echar á tierra á todos los padres en un despoblado de las costas de Colima. Habiendo dado el barco muchos golpes, se maltrató el timon y saltaron las tablas del forro de la quilla; por esto recelaban hubiese quedado el paquebot imposibilitado de hacer viaje, y así lo noticiaron al excelentísimo señor virey.

Viendo su excelencia esta desgracia y atraso, dispuso que los misioneros caminasen por tierra hasta la provincia de Sinaloa á ponerse enfrente de Loreto, para hacer desde allí la travesía de sesenta leguas de golfo con uno de los barcos de la California. Hicieronlo así, y en el dilatado viaje de trescientas leguas, murió un religioso, llegando los demás al real de los Alamos, donde descansaron hasta que hubo oportunidad de barco que los trasportase.

Cuando la órden de su excelencia llegó, ya el capitán había mandado registrar al paquebot, y reconociendo que teniendo pronto remedio su daño podría hacer viaje dentro de poco tiempo; pero no obstante, los padres eligieron caminar por tierra, excepto dos que á ruegos del capitán se quedaron para venir en el barco; y habiendo

salido de Manzanilla y navegado para la California, tuvieron vientos tan contrarios, que les dilató la navegacion hasta fin del mes de agosto, pues el día 30 de él dieron fondo en la rada de Loreto; y teniendo entonces noticia de los demás misioneros, el señor gobernador despachó el paquebot la Concepcion para que los condujese, y desembarcaron en la misma rada á 24 de noviembre de 71.

A este tiempo me hallaba yo ausente; pero luego que tuve noticia del arribo de los padres á Loreto, escribí al señor gobernador pidiéndole los soldados necesarios, á lo menos para dos misiones, para pasar á fundarlas inmediatamente, como me lo encargaba su excelencia, y me respondió que tenía encargo del mismo señor excelentísimo para darme aquella tropa, pero que se hallaba sin ninguna por no haber todavía regresado de Monterey la que pertenecía á Loreto; que teniendo pedidas al gobernador de Sonora unas reclutas, luego que llegasen me aprontaría el socorro pedido, pues al presente estaba imposibilitado, y que de todo daba cuenta á su excelencia. En vista de la imposibilidad de fundar por entonces ninguna mision, repartí por las antiguas los diez y nueve misioneros y di cuenta al colegio y superior gobierno.

Llegaron á Méjico las cartas del señor gobernador y las mias á tiempo que habiendo cumplido el suyo el excelentísimo señor virey marqués de Croix, había entrado á gobernar el señor baillío fray don Antonio Maria Bucareli y Ursúa y el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez se había retirado para la corte al real y supremo consejo de Indias, del que entonces era consejero y hoy del de Estado, gobernador de aquel y secretario de Estado y del despacho universal de Indias.

Con estas mutaciones y entre tanto que el nuevo excelentísimo señor virey se enteró de los asuntos de tan vasto gobierno, hubo la detencion que impidió dar principio al establecimiento de las cinco misiones que debían fundarse en el terreno que media entre Vellicatá y San Diego, como queda dicho; y resultó asimismo la pretension de los reverendos padres de Santo Domingo de Méjico para tener parte en estas espirituales conquistas, para cuyo logro consiguieron real cédula en que mandaba su majestad se les entregase una ó dos misiones con frontera de gentiles. En vista de ella les respondió el excelentísimo señor virey que se viesen con el padre guardian del colegio de San Fernando, que lo era entonces el reverendo padre lector fray Rafael Verger, hoy obispo del nuevo reino de Leon. Hízolo así el prelado de los reverendos padres dominicos, y enterado el nuestro de la pretension por nueva cédula que habían conseguido de su majestad y sabiendo que la antigua California no era divisible por ser una lengua de tierra entre los dos mares y que solo podría tener efecto mezclándose

ambas religiones, de que se seguirian ó podrian seguirse graves inconvenientes; le respondió al venerable padre prelado dominico, que no podia ser el que ambas religiones estuviesen en aquel sitio; que si su paternidad queria todas las misiones que antes administraban los reverendos padres jesuitas, se las cederia, como tambien la que se acababa de fundar nombrada San Fernando, y se le quedaba esta frontera con el tramo de cien leguas pobladas de gentiles por la costa hasta llegar al puerto de San Diego inclusive, en cuyo tramo estaban mandadas fundar cinco misiones, y que su paternidad se podría hacer cargo de su establecimiento. En todo se convino aquel prelado, y firmado, así de él como del nuestro, este contrato, se presentó al excelentísimo señor virey, quien se dignó confirmarlo en junta de guerra y real hacienda celebrada en 30 de abril de 1772, con cuya misma fecha expidió el decreto para su cumplimiento, que se verificó en el mes de mayo del siguiente año de 1773 en que llegaron á la California los reverendos padres dominicos y les hice la entrega de las citadas misiones. Quedó ya con esto nuestro colegio libre de aquella carga y con mayor desahogo para atender á estas conquistas de Monterey ó Nueva California, á donde subimos nueve de los misioneros que estábamos en la antigua, y los demás se retiraron al colegio de San Fernando.

CAPITULO XXVI.

LLEGAN Á MONTEREY LOS DIEZ MISIONEROS CON LAS NUEVAS Y FAVORABLES PROVIDENCIAS, Y LO QUE PRACTICÓ EL VENERABLE PADRE.

Los diez misioneros que se embarcaron en San Diego el 14 de abril, llegaron á 21 de mayo del mismo año de 71 sin mas novedad que haber padecido algunos sustos por los contrarios vientos en los treinta y ocho días de navegacion. Fué su arribo de mucha alegría para nuestro venerable padre presidente, viéndose con tantos operarios que venian con grandes alientos para trabajar en la viña del Señor. Tenia ya el siervo de Dios suficiente vivienda, aunque de palizada, para hospedarlos y vivir en ella interin se repartian á poner mano á la empresa de la espiritual conquista. Con tantos religiosos en el centro de la gentilidad no quiso perder la ocasion de celebrar la segunda fiesta del Corpus, que cayó aquel año el día 3 de mayo, día de nuestro patrono san Fernando. Celebráronla con mayor solemnidad que el año antecedente, con misa cantada de tres ministros, sermón y procesion del Divinísimo con asistencia de doce sacerdotes. Desde luego parecia limitado el magnánimo corazón de fray Junípero para contener en sí y no derramar afuera el gozo que lo ocupaba al ver tan magníficos cultos tributados al Señor, á quien incesantemente repetia las

gracias por haber enviado aquel número de religiosos para dar mano á los establecimientos y conversiones, y al ver tan inclinados á darles todo fomento al excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general, quienes le escribían podía poner la mision de San Carlos en el rio Carmelo ó donde mejor le pareciese.

Pasada ya la fiesta del Corpus y enterado el venerable padre de las órdenes del excelentísimo señor virey en que mandaba su excelencia se fundasen cinco misiones á mas de las tres proyectadas desde el principio, hizo la distribucion de los religiosos que habian de pasar á administrarlas; y teniendo presente que los dos que estaban en San Diego le pedian licencia para retirarse, el uno al colegio y el otro á la antigua California, con la espectacion de que aquel clima calido probase mejor á su salud, pudiendo continuar sus tareas en aquellas misiones; y no olvidando al propio tiempo el siervo de Dios que los hacia acreedores á la concesion del retiro el mérito de haber trabajado con el mayor desvelo en las estaciones mas calamitosas, condescendió á las súplicas de ambos y nombró para sucesores ministros de aquella doctrina á los padres fray Francisco Dumetz y fray Luis Jaime, de la provincia de Mallorca. Para fundadores de la mision de San Buenaventura á los padres fray Antonio Paterina, de la provincia de Andalucía, y fray Antonio Cruzado, de la de los Angeles, y para la de San Gabriel á los padres fray Angel Somera, hijo del colegio, y fray Pedro Benito-Cambon, de la provincia de Santiago de Galicia, todos sacerdotes y predicadores.

Como quiera que las tres misiones á donde iban los citados padres estaban al rumbo del Sur y mas inmediatas al puerto de San Diego, se volvieron á embarcar los religiosos para aquel puerto en el mismo paquebot San Antonio, que salió del de Monterey á 7 de julio, y en él fué tambien el comandante don Pedro Fajes, graduado ya de capitán, para repartir la tropa y ganado que estaban en San Diego, por el retiro del capitán don Fernando Rivera.

En Monterey quedaron otros seis religiosos, incluso nuestro venerable fray Junipero, quien nombró para la mision de San Adonio de Padua á los padres fray Miguel Pieras y fray Buenaventura Sitjar, de la provincia de Mallorca. Para la de San Luis obispo de Tolosa, á los padres fray José Cavaller y fray Domingo Juncosa, ambos de la provincia de Cataluña, y para la de Monterey quedó el venerable padre presidente con su discípulo y compañero fray Juan Crespi. Quedaban todavía dos misiones proyectadas y no habia ministros para ellas, cuyos títulos eran de nuestro padre san Francisco y nuestra madre Santa Clara; pero como estas se habian de fundar mas arriba hacia el Norte y en la actualidad no habia tropa para todas, se consoló el siervo de Dios esperando que cuando subiese la tropa de la

antigua California, podrian tambien venir los cuatro ministros de las antiguas misiones.

A los dos dias después de la salida del paquebot San Antonio, en que iban los seis religiosos, pasó el venerable padre á reconocer las vegas y cañada del rio Carmelo, para mudar la mision de San Carlos á mas proporcionado sitio, y habiéndolo hallado con las comodidades necesarias, dispuso se hiciese el corte de las maderas para aquella fabrica, dejando tres mozos marineros que habian quedado allí de los del barco y cuarenta indios californios resguardados con cinco centinelas; de los que él, que hacia de cabo, quedó con el encargo de cuidar que cortasen y dispusiesen maderas para construir aquella mision, interin el venerable padre volvía de fundar la de San Antonio, para cuyo efecto salió luego, como se vera en el siguiente

CAPITULO XXVII.

FÚNDASE LA MISION DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Aquel ardiente celo de la conversion de los gentiles en que se abrasaba el corazon de nuestro venerable fray Junipero, no le permitia descanso ni dilacion alguna en poner los conducentes medios para la consecucion de sus intentos. Luego que concluyó el reconocimiento del rio Carmelo y dejó en corriente los operarios para el corte de maderas, se regresó luego á Monterey para disponer su viaje de la Sierra de Santa Lucía, á donde salió luego con los padres destinados para fundadores de la mision de San Antonio, y llevando consigo todos los avios necesarios para aquella nueva mision y la precisa escolta de soldados, caminaron para aquella sierra, veinticinco leguas de Monterey, al viento Sur Sudueste; y habiendo llegado á la hoya de la citada serranía, encontraron una grande cañada, que llamaron de los Robles por estar muy poblada de estos árboles, y pasaron el real á ella.

Registraron el terreno, y habiendo hallado un plan dilatado y vistoso en la misma cañada, inmediato á un rio (que desde luego llamaron de San Antonio), les pareció muy proporcionado sitio para el establecimiento, por el buen golpe de agua que tenia aun en el mes de julio, que es el tiempo de las mayores secas, y asimismo que sin dificultad podrian darle conductos para el beneficio de aquellas tierras. Convenidos todos en la eleccion del terreno para el poblado, mandó el venerable padre descargar las mulas y colgar las campanas en la rama de un árbol, y luego que estuvieron en disposicion de tocarse, empezó el siervo de Dios á repicarlas, gritando como enajenado: "Ea, gentiles, venid, venid á la santa Iglesia; venid, venid á recibir la fe de Jesu-cristo;" y mirandolo el padre fray Miguel Pieras, uno de los dos misioneros señalado para presidente, le decia: "¿Para qué se cansa si este no

"es el sitio en donde se ha de poner la iglesia, ni en estos contornos hay gentil alguno? Es ocioso el tocar las campanas."—"Déjeme, padre, explayar el corazon, que quisiera que esta campana se oyese por todo el mundo, como deseaba la venerable madre sor María de Jesús de Agreda, ó que á lo menos la oyese toda la gentilidad que vive en esta sierra." Construyeron luego una cruz grande, que después de bendita y adorada enarbolaron y fijaron en aquel mismo sitio. Hizose asimismo una enramada, y puesta bajo de ella la mesa de altar, celebró el venerable padre la primera misa á san Antonio, patrono de aquella mision, el dia 14 de julio del año de 1771, dedicado al seráfico doctor san Buenaventura. Presenció este sacrificio divino un gentil que atraído del sonido de las campanas ó de la novedad de ver gentes tan extrañas, ocurrió allí á tiempo que se celebraba la misa. Advirtiolo el venerable sacerdote al voltearse para el pueblo para la plática después del Evangelio, y rebotando de la alegría su corazon, le explicó en su discurso, diciendo de esta manera: "Espero en Dios y en el patrocinio de san Antonio que esta su mision ha de ser un gran pueblo de muchos cristianos, pues vemos lo que no se ha visto en otras de las misiones fundadas hasta aquí, que á la primera misa ha asistido la primicia de la gentilidad, y no dejará ese de comunicar á los demás gentiles lo que ha visto." Así sucedió, como veremos después, cumpliéndose perfectamente con el hecho las esperanzas de nuestro venerable padre, quien luego que concluyó la misa comenzó á acariciar y regalar al gentil, con el fin de atraer por este medio á los demás, como lo logró aun en aquel mismo dia, pues llevados de la novedad empezaron muchos á concurrir, y habiéndoles hecho entender por señas (á falta de intérprete) que habian ido á avecindarse y vivir en aquellas tierras, dieron muestras de apreciarlo mucho, comprobándolo con las continuas visitas que les hacian y regalos de piñones y bellotas que extraian, cuyas semillas y otras silvestres de que hacen sus pinoles ó harinas para mantenerse, cosechan con abundancia. Correspondia el venerable padre y demás á estos obsequios con ensartas de avalorios (ó cuentas de vidrio de diversos colores) y asimismo con nuestras comidas de maíz y frijol, á que se aficionaron desde luego aquellos infieles.

Inmediatamente se dió principio á construir por de pronto, de madera, casa para habitacion de los padres y sirvientes, cuartel para los soldados é iglesia para el divino culto, cercando todas estas piezas con estacada para la defensa y con escolta de seis soldados y un cabo para resguardo. Dentro de poco tiempo ya los padres se llevaban la atencion de los gentiles, que les cobraron singular afecto por el amor y cariño con que los trataban, y desde luego comenzaron á

manifestar la confianza que hacian de los religiosos, llevándoles sus semillas luego que levantaban las cosechas, y diciéndoles que comiesen lo que gustasen de ellas, y el resto se los guardaran para el tiempo de invierno. Así lo hacian los misioneros con mucha complacencia, admirando en los gentiles tanta confianza; y con la espectacion de que seria mayor cuando reengendrados por el bautismo los mirasen como á verdaderos padres. Quedó en el mismo concepto nuestro venerable fray Junipero al ver tan al principio semejantes demostraciones, y con esta confianza, dejando á los citados misioneros en la mision de San Antonio, se regresó para la de Monterey, á los quince dias de fundada aquella.

Instruidos los nuevos misioneros por el venerable presidente, se dedicaron desde luego con el mayor desvelo á aprender con los niños el idioma de aquellos bárbaros, para poder explicarles por este medio que el fin de venir á sus tierras era para dirigir al cielo sus almas. Consiguieronlo á costa de toda su aplicacion, y habiendo empezado á catequizar y bautizar, tenian ya, á los dos años de fundada aquella mision, que estuve yo en ella, ciento cincuenta y ocho cristianos nuevos.

Entre ellos habia, segun me refieren aquellos religiosos, una mujer, que nombraron Agueda, tan anciana, que segun su aspecto representaba tener de edad cien años. Fué esta á pedir á los padres el bautismo y habiéndole preguntado la causa de querer ser cristiana, respondió que siendo ella de corta edad, oia referir á sus padres la venida á aquellas tierras de un hombre que vestia el mismo hábito que los religiosos, el cual no habia entrado ni á pié por tierra, sino volando, y que este les decia lo mismo que ahora predicaban los misioneros, y que acordándose de esto se habia movido á ser cristiana. No dando crédito los padres al dicho de la anciana mujer, se informaron de los neófitos, y unánimes todos respondieron que así lo habian oido decir á sus antepasados y que era general tradicion de unos á otros.

Al oír de los padres esta noticia, me acordé luego de la carta que en el año de 1631 escribió la venerable madre sor María de Jesús de Agreda á los misioneros empleados en las espirituales conquistas del Nuevo Méjico, en que entre otras cosas les dice: que nuestro padre san Francisco llevó á estas naciones del Norte dos religiosos de su orden para que predicasen la fe de Jesucristo (los cuales no eran españoles) y que después de haber hecho muchas conversiones, padecieron martirio. Y habiendo cotejado el tiempo, me hice juicio podria haber sido alguno de esos religiosos el que decia la neófito Agueda.

La citada mision de San Antonio (como tengo dicho) se halla situada en el centro de la Sierra de Santa Lucía, distante de la costa del mar Pacífico como ocho leguas, por la fragosidad delca-

mino para la playa, y está en la altura del Norte á 35 grados y 30 minutos, y distante como veinte leguas del puerto de Monterey. Es el terreno bastante poblado de crecidos pinos, que producen abundancia de piñones (semejantes en todo á los de España), les cuales comen los indios, causándoles por su naturaleza cálida algunos accidentes. Está poblado asimismo de grandes encinos y robles, que franquean á los indios varios géneros de bellotas, las cuales después de secas al sol, guardan todo el año para mantenerse, haciendo sus poleadas y pinoles, para lo cual se sirven también de los zacates ó yerbas que con abundancia les ministra el campo. No es menor la que hay de conejos y ardillas, tan sabrosas como las liebres. Es mucha su fertilidad y facilita abundantes cosechas de trigo, maíz, frijol y otras varias semillas de España con que ahora se mantienen los habitantes.

El clima en tiempo de verano es sumamente cálido, y el invierno frigidísimo por las muchas heladas que se experimentan; de suerte que un arroyo que corre todo el año inmediato á las casas de la mision, se cuaja con ellas, quedando suspenso el curso de aquella corriente hasta que el sol con sus rayos derrite el yelo; y por la misma causa suelen experimentarse notables quebrantos en las sementeras, principalmente en las de maíz y frijol si se siembran temprano.

Tan fuerte fué la helada que cayó el día primero de Pascua de Resurreccion en el año de 1780, que una gran sementera de trigo espigado ya todo y en flor, quedó tan seco como el rastrojo por el mes de agosto. Fué este accidente de grande desconsuelo para los indios y mucho mayor para los padres, considerando los muchos atrasos que se siguen cuando falta bastimento á la mision, pues es preciso vayan los neófitos por los cerros en busca de semillas silvestres para alimentarse como cuando eran gentiles. Avanzado la fe los padres y confiando en el patrocinio de san Antonio, convidaron á los cristianos nuevos para hacerle la novena. Asistieron á ella todos con mucha puntualidad y devocion, y al empezarla mandaron los padres soltar el riego á las heladas milpas, que estaban enteramente secas. Dentro de pocos dias advirtieron que nacia de nuevo ó retoñaba desde la raíz el trigo, y al acabar la novena estaba ya todo el campo verde. Continuaron el riego y creció con tanta prisa, que á los cuarenta dias, en el de Pascua de Espíritu Santo, estaba ya el trigo tan alto como el seco, con las espigas floridas y grandes, que granaron y sazaron por el mismo tiempo que los años anteriores, lográndose una cosecha tan crecida y de grano tan abultado, que jamás habian visto otra semejante. Reconociéndose desde luego obligados, así los padres como los indios, por tan especialísimo prodigio como Dios nuestro Señor se dignó obrar en su favor por la intercesion del santo patrono y taumaturgo san

Antonio, le rindieron desde luego las mas afectuosas gracias.

Este caso y otros varios que omito por no abultar esta historia, han contribuido mucho para confirmar en la fe á los neófitos, y que los gentiles la abrazasen, como ha sucedido, excediendo el número de cristianos de aquella mision al de todas las demás, pues llegaron á contarse en ella antes de morir el venerable padre Junípero; mil ochenta y cuatro neófitos, con lo que vió cumplida la esperanza que desde el dia de la funcion tuvo en Dios y en el patrocinio de san Antonio, que habia de ser un gran pueblo de muchos cristianos. Así lo concedió el Señor á su siervo fray Junípero verlo cumplido en los dias de su vida, y que después de su ejemplar muerte vaya aumentándose cada dia mas el número de los cristianos, y no dudo que en el cielo pedirá á Dios (como me prometió antes de salir de esta vida) la conversion de todos los demás gentiles que pueblan estos dilatados países.

CAPITULO XXVIII.

PASA EL VENERABLE PADRE Á MUDAR LA MISION DE SAN CÁRLOS AL RIO CARMELO, Y LO QUE EN ELLA PRACTICÓ.

Después de pasados quince dias de establecida la mision de San Antonio, salió de ella para la de Monterey el venerable padre presidente fray Junípero, con vivos deseos de fundar la de San Luis; pero por la falta de tropa, cuya mayor parte se hallaba detenida en San Diego por el capitán Rivera habia un año, mortificó sus deseos al ver que hasta la subida del comandante don Pedro Fajes no podria efectuarse, y entre tanto se ocupó en mudar la mision de San Carlos á las orillas del rio Carmelo.

Para dar principio á esta obra, que juzgaba el siervo de Dios muy importante para la reduccion de los gentiles y subsistencia de aquella mision, que propiamente se fundaba de nuevo, pasó al sitio en que habia dispuesto se hiciese el corte de la madera, y considerando no ser bastante la que habia, mandó se continuase cortando ínterin volvía del presidio. Bien pudiera el venerable padre encomendar este material trabajo á su compañero el padre Crespi, á los religiosos destinados para la mision de San Luis, los cuales estaban como ociosos en el presidio, hasta que se verificase la salida para establecer su mision. Pero no quiso perder este mérito ni cargar á los otros el trabajo, sin duda para darles ejemplo y que no se desdiesen de ejercitar semejantes officios mecánicos que se dirigen á tan noble fin y son muy del agrado de Dios, como dice en su citada carta la venerable madre María de Jesús. Dejó en el presidio á los dos ministros de la mision de San Luis para que administrasen á la tropa, y á su compañero para que cuidase de los

indios neófitos, dándoles no solo la comida del cuerpo, sino también la del alma, rezando dos veces al dia la doctrina cristiana; y á ambos hizo el encargo de que siempre que fuesen gentiles procurasen regalarlos y dirigirlos al rio Carmelo, donde haria lo mismo su reverencia.

Concluidas estas prevenciones, se encaminó al sitio destinado para la mision, distante una legua del presidio, á hacer vida eremítica, cuya habitacion fué de pronto una barranca, en la que se mantuvo sirviendo de sobrestante, y muchas veces de peon, hasta que hubo alguna vivienda en que acogerse para libertarse del mucho viento frio que se experimenta en aquella cañada casi todo el año. La primera obra que mandó hacer fué una grande cruz, que bendita, enarboló, ayudado de los soldados y sirvientes, y fijó en la medianía del tramo destinado para compás, que estaba inmediato á la barranca de su habitacion, y otra que servia de interina iglesia, siendo su compañía y todas sus delicias aquella sagrada señal. Adorábala luego que amanecía y cantaba la tropa el alabado, y delante de ella rezaba el siervo de Dios maitines y prima, é inmediatamente celebraba el santo sacrificio de la misa, á que asistian todos los soldados y mozos. Después comenzaban todos su trabajo, cada uno en su destino, siendo ingeniero y sobrestante de la obra el venerable padre, quien muchas veces al dia adoraba la santa cruz, rezando delante de ella el oficio divino, según lo oí todo de boca del cabo que sirvió de centinela en aquel sitio; y lo mismo practicaba de noche al concluir el rezo de la corona, con cuyo ejemplo hacian lo propio los soldados, enseñándose tambien los indios.

Cuando iban los gentiles á visitar al venerable padre, que raro era el dia en que dejaban de hacerlo atraídos de curiosidad ó de los regalos que les hacia, era lo primero que practicaba persignarlos por su propia mano, y después les hacia adorar la santa cruz, y concluidas estas santas ceremonias, los regalaba, ya con comida que les mandaba hacer de trigo ó maíz cocido, con atole hecho de dichas harinas, ó ya con avalorios, y procuraba agasajarlos cuanto podia, aprendiendo con ellos el idioma. Iban tambien á visitarlo los nuevos cristianos, que pedian licencia al padre Crespi, para ir, como decian, á ver al padre viejo, y con ellos tenia sus delicias mostrándoles mayor cariño que si por naturaleza fuesen sus hijos. Enseñóles á que saludasen á todos con las devotas palabras: *amar á Dios*; y se extendió de tal manera, que hasta los gentiles decian esta salutacion, no solamente á los padres, sino á cualquier español, y quedaba extendida por todo este vasto terreno, enterneciendo el corazon mas duro al oír á los gentiles que lo mismo es encontrar á sus compañeros ó á los españoles por los caminos, que referir aquellas palabras *amar á Dios*.

Luego que tuvo el venerable padre concluida la fábrica de espilla y vivienda suficiente, que

fué á fines del año de 1771, llamó á su compañero el padre Crespi y se mudó á la nueva mision: con todos los cristianos neófitos, y empezaron á trabajar ambos en aquella espiritual conquista; siendo esta su peculiar mision; en donde se mantuvo ínterin no tenia que salir á visitar las misiones y viajes precisos del ministerio de presidente, hasta que murió, dejando en sola ella mil y catorce bautizados entre adultos y párvulos, la mayor parte por el venerable padre, pues era en esta materia sin comparacion celoso y sin saciarse sediento.

CAPITULO XXIX.

ARRIBO DE LOS SEIS MISIONEROS Á SAN DIEGO Y ESTABLECIMIENTO DE LA MISION DE SAN GABRIEL.

Ya queda dicho en el capítulo XXVI cómo el dia 7 de julio del año de 71 salió el paquebot San Antonio del puerto de Monterey, y en él los seis ministros para las tres misiones del Sur con el comandante don Pedro Fajes, y que después de ocho dias de navegacion, á 14 del mismo mes, dieron fondo en el puerto de San Diego, donde hallaron á los padres sin novedad, y los destinados para ministros de aquella mision se hicieron cargo de ella; y usando de la licencia los dos que por enfermos la habian solicitado para retirarse, se embarcó uno en el mismo paquebot que salió el 21 del propio mes para San Blas, y otro con la primera partida que salió para la antigua California, bajó á una de aquellas misiones.

Luego que el barco salió se empezó á tratar de los nuevos establecimientos; pero por la desercion de diez soldados, á tiempo que estaban ya para salir, hubieron de detenerse hasta que se consiguió su incorporacion en la tropa, por haber ido uno de los misioneros á convencerlos, ofreciéndoles el perdon; y estando dispuesta la salida para el dia 6 de agosto, volvieron otros á desertar; pero no obstante esto, dispuso el capitán que saliesen los de la mision de San Gabriel; que después saldria él con los padres de San Buenaventura.

El citado dia 6 de agosto salieron de San Diego los padres fray Pedro Gamboa y fray Angel Somera resguardados con diez soldados y los arrieros con la reeva de los avíos. Caminaron hácia el rumbo del Norte por el camino que transitó la expedicion; y habiendo andado como cuarenta leguas, llegaron al rio de los Temblores, llamado así desde la expedicion primera; y estando en el registro para elegir terreno, se les presentó una numerosa multitud de gentiles, que armados y presididos de dos capitanes, con espantosos alaridos pretendian impedir la fundacion. Recelando los padres se rompiese la guerra y se verificasen algunas desgracias, sacó uno de ellos un lienzo con la imagen de nuestra Se-